

Existo, luego pienso. El *Libro de contemplación en Dios*, de Ramon Llull

FERNANDO DOMÍNGUEZ REBOIRAS

Universidad de Freiburg
fernando.dominguez@theol.uni-freiburg.de

La primera traducción al castellano de la obra más importante y extensa de Raimundo Lulio es, sin duda, un capítulo importante en la larga e interesante historia de la recepción de su obra en el ámbito de la lengua castellana. Teresa Jiménez Calvente ya ha expuesto competentemente un capítulo de esta recepción.

La primera edición de un texto luliano en catalán tuvo lugar en 1859 con la publicación por Gerónimo Rosselló de las *Obras rimadas*¹. Es curioso constatar que antes de esa fecha ya se habían publicado en letras de molde una respetable cantidad de traducciones al castellano, aunque hay que hacer notar que ya antes de la invención de la imprenta la obra luliana tuvo en nuestra lengua una larga e interesante recepción. Una lista completa de traducciones castellanas conservadas en manuscritos está todavía por hacer. Podemos apuntar —entre otros muchos— algunos códices históricamente relevantes: Uno de excelente factura conservado en la biblioteca de El Escorial que contiene una traducción castellana al *Félix o Libro de maravillas*, que perteneció a la Biblioteca privada de la reina Isabel de Castilla², y otro en la Biblioteca Nacional con una bella traducción castellana manuscrita del *Arbol de Filosofía de amor*³. La historia del lulismo en el ámbito castellano fue constante y relevante hasta nuestros días hasta el punto que el renacimiento de los estudios lulianos en el ámbito catalán en el siglo XIX va de la mano de insignes representantes de la cultura española, en especial Menéndez Pelayo, que tuvo enorme influencia en los estudios lulianos de amigos, colegas y alumnos suyos catalanes⁴.

¹ *Obras rimadas de Ramon Lull escritas en idioma catalán-provenzal, publicadas por primera vez con un artículo biográfico, ilustraciones y variantes, y seguidas de un glosario de voces anticuadas por Gerónimo Rosselló*, Palma, Imprenta de Pedro José Gelabert, año 1859.

² El Escorial, Biblioteca del Real Monasterio, ms. x.III.3 (s. XV). Véase Perarnau (1985: 7-60).

³ Madrid, Biblioteca Nacional de España, ms. 3352 (s. XVI).

⁴ Rubió (1956: 97-103).

Hay también una recepción de la obra luliana, fuera de puros intereses de historia literaria, centrada en su pensamiento y en su sistema filosófico, que se desarrolló preferentemente más allá de la Península Ibérica. Raimundo Lulio se vino estudiando a lo largo de los siglos como figura importante en la historia del pensamiento occidental. Así no puede sorprender que Johann Jacob Brucker (1696-1770) en su *Historia critica philosophiae* hable de Lulio como «el primer reformador de la filosofía» (*Primus philosophiae reformator Raimundus Lullius*)⁵.

Es evidente que la visión de Ramon Llull como filósofo renovador y rompedor de moldes aclara, define y determina la larga y profunda recepción del pensamiento luliano en Centroeuropa. La amplia acogida y audiencia de Raimundus Lullus durante los últimos siete siglos en el ámbito de la ciencia y cultura centro-europeas tiene como definidor común esta visión ilustrada y renovadora, académica, científica y artística que contrasta con la vaga idea que tienen, hasta hoy, los compatriotas de Ramon Llull acerca de su identidad y de su personalidad científica. El año pasado el prestigioso ZKM (Centro de Arte y Medios de Comunicación) de Karlsruhe mostró durante meses una exposición dedicada a la influencia de Llull en la cultura moderna que tuvo su continuación en Lausanne (Suiza). Con ese motivo se publicó en los EE. UU. un volumen que pone de manifiesto el carácter universal y polifacético del filósofo mallorquín⁶.

En España se estudia a Llull casi exclusivamente en clases de literatura catalana, pues ni en la misma Cataluña ha entrado Ramon Llull en los programas docentes sobre la historia del pensamiento o similares disciplinas. En Alemania, en cambio, es evidente la prevalencia del lulismo doctrinal sobre el puramente literario. Es un hecho evidente que Raimundus Lullus llevaba más de quinientos años siendo objeto de estudio en los círculos eruditos alemanes cuando en su patria se empezó a estudiar su obra casi exclusivamente como primer representante de la literatura catalana⁷.

⁵ Se trata de una voluminosa obra (cinco gruesos volúmenes en latín) publicada entre 1742 y 1744 que se viene considerando como la primera historia de la filosofía. Es, sin duda alguna, el primer intento de compendiar la historia de las ideas filosóficas desde los orígenes del pensamiento humano hasta mediados del siglo XVIII, más allá de la limitada perspectiva del pensamiento europeo occidental. Una primera versión en alemán, publicada entre 1731 y 1737, comprendía 9.153 páginas y llevaba el modesto título (traducido) *Breves cuestiones de historia filosófica desde el comienzo del mundo hasta nuestros días*. Hubo también una versión en inglés en 1791. Recibió esta obra entusiastas recensiones en toda Europa y de ella se supo aprovechar ampliamente DIDEROT (1713-1784) para la redacción de muchas entradas de *L'Encyclopédie*, buque insignia de la Ilustración europea. Su autor era pastor protestante y rector de un colegio en Kaufbeuren, cerca de Augsburgo. La *Historia* de BRUCKER es un espejo de erudición alemana que a través de enorme trabajo, máximo esfuerzo intelectual, escrupulosa y concienzuda dedicación obtiene casi siempre una perspectiva definitiva, sobria y objetiva.

⁶ Vega+Weibel+Zielinski (2018).

⁷ En este contexto tampoco se puede silenciar que el primero que mostró el valor de Ramon Llull en la historia de la literatura catalana fuese precisamente Adolf Helfferich, un investigador alemán, pionero en una disciplina filológica, nacida en el siglo XIX en Alemania con el nombre de «Romanistik», dedicada a la investigación y al estudio de las lenguas romances, sus afinidades y divergencias. Helfferich (1858) escribió un libro *Raymund Lull und die Anfänge der Catalanischen*

Por eso, citando a Pere Gimferrer, es también evidente que Ramon Llull

«...es el mayor escritor catalán de todos los tiempos, y quizá el único a quien convenga plenamente el calificativo de genio, ése que reservamos para las grandes ocasiones, no más de uno por lengua. Llull es por sí solo toda una literatura, y la simple existencia de su obra da cartas de nobleza universal al idioma que usa»⁸.

Lo que viene a decir que Ramon Llull es a la literatura catalana lo que Dante a la italiana, Cervantes a la castellana, Shakespeare a la inglesa, Goethe a la alemana etc. Pero tampoco se puede silenciar que la posición del «pare de la llengua» en la literatura catalana está llena de paradojas y curiosas incongruencias. Aunque su nombre se pronuncia con suma veneración, instituciones oficiales lo llevan orgullosas y premios literarios lo utilizan sin reparos, el conocimiento de la obra de Ramon Llull en el ámbito lingüístico catalán deja mucho que desear. Se reconoce unánimemente su función dentro de la formación del lenguaje, pero sus obras no se leen con la intensidad que se merece y en las instituciones docentes, tan preocupadas por el idioma, no exigen el estudio de su pensamiento ignorando y desconociendo la importancia de este autor en la historia de la cultura occidental. Fatalmente, muchos de sus escritos, entre ellos el extensísimo e impresionante *Libre de contemplació en Déu*, la pieza más importante de toda su inmensa producción literaria, enciclopédico resumen y punto de partida de toda su obra, no se puede comprar en ninguna librería catalana. Hace tres años se publicó el primer volumen de una edición crítica, excelente para el lector erudito pero de difícil acceso para el no especialista⁹. Apurando la comparación susodicha: ¿podría alguien imaginarse una librería italiana sin una edición de la *Divina comedia*, una española sin una edición del *Quijote* o una alemana sin el *Faust* de Goethe? A Llull en Cataluña no se le desprecia pero se le ignora. Su figura se reduce a una cifra, a un mito, a un fanal sin referencia o contenidos concretos.

Esta absurda realidad, es decir, de un lado el extremado aprecio y, del otro, el deficiente conocimiento de este autor puede ser explicado, aunque no justificado, por el carácter singular e insólito del personaje y su obra. La razón por la que Llull es un desconocido radica en tratarse de una personalidad tan rica que es imposible reducir a fáciles esquemas. Se trata de un escritor marginal de extraña originalidad y difícil catalogación situado al margen de las corrientes intelectuales que han marcado la historia del pensamiento occidental. Pero Llull no fue un difícil escritor heterodoxo o un extraño y esotérico personaje de novela, sino un serio y exigente pensador que quiso romper con una serie de rígidas estructuras dentro de la ciencia medieval cristiana de fuerte impronta clerical. Llull fue un laico de espíritu curioso y abierto con amplia y universal visión, al margen de cualquier exigencia gremial o de escuela que pretendió

Literatur, título que se viene considerando como «el primer estudio crítico sobre Ramón Llull en los primeros tiempos del estudio de la literatura catalana».

⁸ Llull (1981: CV-CVI / reed. 2016: LXIX-LXX).

⁹ Llull (2015).

haber descubierto un sistema de búsqueda de la verdad por encima de religiones y creencias.

Sólo esta su obra primera y más importante, escrita inicialmente en árabe y traducida luego al catalán, este *Libre de contemplació en Déu* ocupa unas dos mil páginas. La redacción de sus libros la realiza en su edad madura viajando incansablemente por casi todos los países del Mediterráneo. Ramon Llull nos ha dejado un legado de unas treinta mil páginas, escritas en más de 250 obras; hizo uso de los géneros literarios más dispares utilizándolos de una forma única e imprimiéndoles un sello de fuerte originalidad. Pero no sólo estas cifras causan pavor, sino la variedad de temas y de estilo. Encontramos desde poesía o prosa poética, novela, diálogos hasta enormes tratados de seca y casi algebraica estructura sobre filosofía, teología, medicina, geometría, física etc. Llull, en fin, trató con profundidad todos los temas de la ciencia de su tiempo y se le considera como el primer escritor europeo que escribió filosofía en lengua vulgar.

La característica fundamental de la obra luliana es, pues, su radical ruptura con las formas institucionalizadas de comunicación. Lulio exige una congruencia entre el mensaje religioso y el sistema racional de conocimiento; la aceptación religiosa sin razón alguna es para Lulio inadmisibles. No acepta una disonancia entre el mensaje religioso y los criterios racionales del destinatario.

A pesar de todos los avisos y confesadas carencias, está suficientemente demostrado que el léxico luliano es riquísimo. Lulio se vio obligado a dar nombre en lengua vulgar a todo lo que era objeto del saber de su tiempo, adjetivarlo y ponerlo en relación. Al escribir sobre cosas y temas que no habían sido expresadas en catalán y tampoco en cualquier otra lengua vulgar, el léxico catalán fue acrecentado de una manera incomparable en su entorno europeo. Lulio dio nombre a muchas cosas y le dio el sentido que se ha conservado hasta hoy. Es un fenómeno singular y una suerte para el idioma naciente que Lulio haya escrito sobre ciencias, filosofía, teología y otras materias que en Occidente sólo habían sido expresadas en árabe o en latín, con lo cual creaba un vocabulario técnico inexistente en lengua vulgar. Lulio incorporó a la lengua catalana, además de cultismos originales, sobre todo una buena cantidad de términos técnicos calcados del latín. En esa aportación es muy escasa la cantidad de dialectismos propios de Mallorca y también una cantidad mínima de provenzalismos de los que abusaba el parlante culto catalán. También sorprende realmente cómo Lulio, sabiendo árabe, casi no introduce arabismos en su lengua intentando con éxito la traducción al vulgar.

La prosa de Lulio no tiene nada de arcaica, es una prosa fluida y perfecta, tanto en la sintaxis como en la precisión del léxico. Se comprende que Lulio es el primer escritor catalán de categoría, antes de él la prosa catalana se encontraba en un lógico y natural estado de romance incipiente y titubeante que sólo se expresaba en textos jurídicos, históricos y religiosos sin resultados ni pretensiones científicas ni literarias. Gracias a Raimundo Lulio el catalán salta del balbuceo a la elocución perfecta, plena, abundante, matizada y universal, desde la más abstrusa y difícil elocución filosófica o técnica científica hasta la más pequeña observación experimental, desde el más ardoroso misticismo a la exposición catequética más sencilla. Todo ello en una prosa de altísimo nivel, cons-

cientemente depurada de vulgarismos y expresiones populares, pues si estas abundasen, no podríamos leer sus obras hoy con la facilidad y modernidad que se nos ofrecen. Lo que hace arcaico un texto es la utilización de formas populares que cien años después no se entienden y dan una fisonomía anticuada a la lengua.

Es, por ello, una feliz contingencia para la lengua catalana haber sido creada por un hombre dotado de tan gran inteligencia y fue también una fortuna que escribiese tantos libros que se copiaron profusamente. La difusión de los libros de Lulio fija indudablemente las normas del catalán literario, que en el mismo siglo XIV será reglamentado por la cancillería real que se cuidó de la conservación de su dignidad, libre de dialectismos y vulgarismos, algo verdaderamente extraordinario en la historia de una lengua romance medieval.

Pero Lull es todo menos un escritor popular pues para recibir este apelativo tendría que haber escrito en términos que entendiese el pueblo y que el pueblo leyese con gusto. Aunque difícil de aceptar, es un hecho palpable, que el pueblo no ha leído con gusto y fruición su *Libre de contemplació en Déu* o su *Arbre de ciència*. Lull quería «donar sciencia al poble» pero, aunque su obra iba destinada a los «llecs» (laicos) que no entendían latín, él dirigía su obra a personas que sabían leer, o sea, personas de un nivel cultural superior por encima de la masa popular. Su lenguaje puede llamarse culto y refinado.

* * *

El lector de nuestro siglo, de tanta fachada, ruido y apariencia externa, tiene que ser consciente que adentrarse en unos textos escritos entre los siglos XIII y XIV no es tarea fácil. Por eso el primer aviso a navegantes es una frase lapidaria y muy citada de Agustín de Hipona, un filósofo que determinó, como ningún otro, el pensamiento occidental durante muchos siglos: *Noli foras ire, in teipsum redi, in interiore hominis habitat veritas*¹⁰. Esta frase es lugar común en el vocabulario filosófico occidental y se puede expresar también de forma existencial, breve y castiza:

Cuando me encierro conmigo

Y echo la llave por dentro

Es cuando de veras vivo.

Éste puede ser un primer indicador para comprender este libro y el engranaje mental de Ramon Lull. Entender y comprender cualquier aspecto de la realidad comienza por un camino hacia adentro. La contemplación es el camino real para todo entender y, a la vez, como reflexión profunda, es la base de toda racional actividad. Vida activa y contemplativa se complementan en una unidad inseparable. Porque ‘contemplar’ no es, como el sobado término actual pudiera

¹⁰ «No salgas, no te vayas fuera, entra en ti mismo; en el interior del hombre tiene la verdad su casa». *Aurelii Augustini, De vera religione*. J. P. Migne, ed., *Patrologiae Cursus Completus: Series Latina*, vol. 34, Paris 1887, p. 38.

insinuar, mirar a las musarañas, mirar hacia algo ausente a uno mismo, en la arcadia del presente, fuera. El fin primario de la contemplación es la comprensión de todo desde la comprensión de la propia existencia, entender todo desde la reflexión e interiorización del propio yo. Los primeros capítulos del gran *Libro de contemplación en Dios* son, por eso, el prólogo y la base para la comprensión de toda la obra luliana.

Y esa contemplación, aparentemente ajena a las inmediatas necesidades en nuestro quehacer primario existencial y difícil de realizar en nuestras ocupaciones cotidianas, esa contemplación, dice Raimundo, es un placer, el delicioso «placer intelectual de entender», porque el entendimiento es «la mejor criatura que Dios quiso crear». En este ‘placer’ está el meollo y quintaesencia del sistema luliano y en esa profunda y alegre convicción tiene sus raíces aquel increíble optimismo y la razón última de su imparable actividad. El primer paso es, pues, un entrar adentro, una mirada al interior, una lucha contra la ignorancia de sí mismo.

Pero no olvidemos lo que el mismo título nos dice: Esa contemplación se hace «en Dios». Aunque la introspección o mirada interior comienza por la simple consideración de lo que nos rodea, esa propia personal realidad humana se ha de percibir como espejo de otra realidad superior que la sostiene y le da su razón de ser: Dios.

Esta realidad se entiende como resultado de la operación creadora de un hacedor y, como todo efecto lleva las huellas de su causa, todo lo que vemos a nuestro alrededor «está significando», lleva el signo de esa realidad superior. Esta visión del mundo —tan espiritual— la comparte Lulio con todos sus contemporáneos no sólo cristianos sino también los creyentes de otras religiones. En ella ve Lulio una vía común a todo ser humano para conocer y conocerse por encima de creencias recibidas y vivencias personales. Una vía que tenía que ser una elaboración y esfuerzo intelectual partiendo de la naturaleza sensible aceptada como una realidad común a todas las especies, incluida la especie humana. Una vía que, sobre todo, exigía del cristiano aceptar la condición humana como imagen y palabra de Dios, algo que él consideraba legado común a todas las religiones. La certeza de la unidad de todo lo que existe transmitida a través de una conciencia viva e igual del ser humano en el espacio y en el tiempo.

El ser humano, como parte de esa realidad creada y por su capacidad de sumergirse en la contemplación juega así un papel especial y decisivo ya que participa de dos realidades, la sensible y la espiritual. El hombre puede llegar a conocer de alguna manera la realidad espiritual e integrar todo lo que le rodea en ese viaje interior. El espíritu es una fuerza ascendente, concentradora y unificadora. Recibe la creación y la humaniza, la universaliza, la organiza. El espíritu es el poder supremo del hombre.

Lo más moderno en el pensamiento luliano es, quizás, esa función fundamental que corresponde al ser humano: la intrínseca tarea de humanizar el mundo sensible integrando las criaturas en su mundo espiritual a través de la *contemplatio*.

Pero aquí está, sin duda, la primera dificultad del hombre de hoy para leer este libro que no es otra cosa que un diálogo del joven Ramón con su creador. En una época fundamentalmente atea, donde todo se explica sin necesidad de acudir a Dios, cuesta comprender las miles -diversamente formuladas- alabanzas a Dios que se van sucediendo en los capítulos de esta obra.

Antes de entrar conscientemente en un libro que nos propone la contemplación en Dios tenemos que considerar lo que significa la antítesis, a saber, el ateísmo moderno que nos rodea y nos determina y que, evidentemente, viene a estar en las antípodas de lo que este libro quiere comunicar.

Hablo de ateísmo ‘moderno’ porque el ateísmo actual es una forma de plantearse la inexistencia de la divinidad tal y como nació y se afianzó en los últimos siglos. Hablamos de un ateísmo que tiene unas características propias que difieren del ateísmo anterior a la Ilustración. Evidentemente el ateísmo no es algo que haya nacido en la modernidad, el ateísmo es tan antiguo como la misma creencia en Dios. No voy a explicar aquí el desarrollo de la negación de Dios a lo largo de la historia, sólo a apuntar que la negación de Dios, que se pretende ver como resultado de la emancipación de la razón frente a la fe, es tan antigua como la misma humanidad. Ya Homero nos cuenta como los dioses del Olimpo se quejan de los hombres que no creen en su existencia o ven en esos dioses la causa de todos los males del mundo. El fundamento clásico de la imposibilidad de la existencia de Dios es la queja de Job, por cierto, un personaje bíblico. La existencia del mal y el sufrimiento de los inocentes, en especial, de los niños es incompatible con la existencia de Dios. Tema que magistralmente narra Dostoiewsky en su novela *Los hermanos Karamazov*. Hay muchas razones para poner en duda la existencia de Dios. Todos, también los creyentes, repasando las noticias diarias tienen que cuestionar esa realidad. Una simple observación de nuestro entorno obliga a todo ser humano a pensar: ¿Cómo pudo Dios —culmen de sabiduría— crear algo tan imperfecto como el hombre con tantas deficiencias y maldades?

Es un hecho palpable que, desde la Ilustración, los que se creen ‘ilustrados’ ven la religión y la creencia en Dios como reliquias de un ya inexistente pasado. La creencia en Dios es un innecesario y obsoleto resto de siglos anteriores. La Europa ilustrada se propone superar un pasado cristiano para crear una nueva cultura fundada en el ser humano sin intromisiones de una dudosa realidad superior.

Nietzsche no sólo llamó la atención sobre la muerte de Dios (*Gott ist tot*), sino sobre la necesidad de destruir los restos de aquella divinidad que daba por muerta. Habla, por ello, de una divinidad en estado de descomposición y ve a las religiones monoteístas y, más concretamente, a las confesiones cristianas como sepulcras guardianes de un podrido invento pasado de moda. Para Nietzsche las religiones son mausoleos, donde se conservan los restos putrefactos de un dios antiguo e innecesario. No me paro a llamar la atención sobre lo que pretendía Nietzsche, hijo de un pastor protestante, con esa afirmación. Quizá muchos creyentes le pueden dar la razón y pueden enterrar también aquel dios difunto, un dios incongruente que puede ser también negado por muchos de ellos. En este sentido, la teoría evolucionista de Darwin y los patentes resul-

tados de la nueva física no parecen dejar lugar a un Dios creador personal e infinito. También la astronomía nos muestra una cada vez más patente e impresionante dimensión del universo.

En todo caso es un hecho que el ateísmo moderno ya no se para en negar filosóficamente la existencia de Dios, simplemente viene a afirmar que no se necesita a Dios para explicar los fenómenos naturales. La mejor ilustración de esta nueva actitud es la famosa respuesta de Pierre Simon Laplace al emperador Napoleón I que le había preguntado por qué no había mencionado a Dios en su discurso sobre variaciones seculares de las órbitas de Saturno y Júpiter: «Señor, yo no me planteé la necesidad de tal hipótesis».

El ateo de hoy no niega a Dios por razones fundadas en la teodicea o la lógica. Sencillamente dice que no se necesita a Dios para explicar todo lo que ocurre a nuestro alrededor. Todo se puede explicar sin acudir a un dios. Se afirma simplemente: Dios no me importa, no lo necesito.

Actualmente, pues, la razón para negar a Dios es que no tenemos necesidad de él para explicar cosa alguna. Pero, ¿qué hace Llull? Al revés de nuestra modernidad pone a Dios como base de toda explicación de la realidad. Por eso se puede decir que el libro que aquí se presenta, es la antítesis de la modernidad. Efectivamente, en este libro Llull viene a afirmar justamente todo lo contrario que el hombre moderno piensa sobre Dios. Con este libro Ramon Llull se enfrenta claramente al ateo moderno: «Tú dices que no necesitas a Dios para explicar lo que sucede a tu alrededor, yo Ramón, al contrario, puedo y quiero explicar todo en Dios y a través de Dios. Es decir, contemplando, mirándolo todo en Dios puedo explicarlo todo». Y esto es, y no otra cosa, el *Libro de contemplación en Dios*.

La realidad circundante —naturaleza y humanidad— se entiende como resultado de la operación creadora de un hacedor y, como todo efecto lleva las huellas de su causa, todo lo que vemos a nuestro alrededor «está significando», lleva el signo de esa realidad superior. Esta visión del mundo —tan espiritual— la comparte Llull con todos sus contemporáneos no sólo cristianos sino también con los creyentes de otras religiones. En ella ve una vía común a todo ser humano por encima de creencias y vivencias. Una vía que había de ser una elaboración intelectual, siguiendo la misma naturaleza como realidad de caracteres comunes a toda la especie humana.

El ser humano, como parte de esa realidad creada y por su capacidad de sumergirse en la contemplación conoce la realidad divina y todo su entorno natural. Al hombre le incumbe un papel especial y decisivo ya que participa de dos realidades, la sensible y la espiritual. El hombre puede llegar a conocer de alguna manera la realidad espiritual e integrar todo lo que le rodea en ese viaje interior. El espíritu es una fuerza ascendente, concentradora y unificadora. Recibe la creación y la humaniza, la universaliza, la organiza. El espíritu es el poder supremo del hombre. Nada se entiende sin el tamiz de la divinidad.

Lo más anti moderno y, a la vez, enormemente actual en el pensamiento luliano es, por ello, esa función fundamental que él atribuye al ser humano: la intrínseca tarea de humanizar el mundo sensible integrando las criaturas en su

mundo espiritual a través de la *contemplación interior*. El hombre no es sólo un *animal rationalis* (un ser pensante) sino un *animal homificans*, es decir, como ser sensible y pensante tiene la función específica y pontifical de hacer razonable todo lo puramente lo sensible.

Importante es que el hombre ha sido creado por Dios para recordar, entender y amar a Dios. Este es el constante estribillo, el mantra luliano, la base y fin de toda actividad humana. El sentido de la vida es la comprensión de todo el universo a través de Dios, que se ha manifestado en ese mismo universo. Pero el aspecto más luliano de esa visión es que el ascenso nos permite un descenso fructífero y eficaz para nuestro entender. Podemos llegar a Dios a través de las cosas, pero sobre todo, y esto es lo más decisivo del pensamiento luliano (¡su iluminación!) podemos conocer mejor las cosas si las vemos a través de Dios. Eso y no otra cosa es el *Libro de contemplación en Dios*.

En el escenario de la contemplación luliana detrás del producto aparece el productor, el yo de Raimundo que dice: mirad todo esto lo he pensado yo con la ayuda y a través de la contemplación del Altísimo. Un amanecer que abre esperanzas para un largo día, para un largo caminar, un yo que piensa. Un yo, director en el teatro del mundo que hasta ahora sólo se consideraba espectador humilde, figura en el patio de butacas —insistimos— y recibe las inmensas riquezas que le proporciona el cielo a través de su entender, pero lo que él piensa son sus pensamientos, está en sus manos pensarlos. Leamos atentamente y veremos como en este libro las cosas pierden su misterio y su lejanía, la realidad divina está aquí cerca, es parte del todo y a través de ella se puede pensar todo. Pero, sobre todo para Ramón, el que contempla se convierte, como Dios mismo, en un actor, en un hacedor.

Este ‘descender’ del conocimiento de las cosas a través de un conocimiento de Dios exige la posibilidad de conocer a Dios, el ser absoluto, que no puede ser conocido por nuestro limitado entender en su esencia, pero sí a través del hacer de sus atributos o ‘dignidades’. Estas ‘dignidades’ no las conocemos como ellas son, sino en sus operaciones que se reflejan en la realidad sensible. Ellas son los principios y las razones de todo lo que es y son los principios para la explicación exacta de todos los procesos del ser y del conocer. Ascendiendo de la realidad sensible llegamos a conocer y entender la estructura del proceder divino y descendiendo del proceder divino aprendemos a conocer y entender las cosas en su más íntima e interna realidad.

No conocemos la realidad circundante a través de unos principios generales elaborados por nuestra razón sino a través de unos principios que son realidades superiores y absolutas que están ahí necesariamente, que son y están ahí antes que el hombre las haya pensado, pero que pensadas (contempladas en su entraña) abren todos los horizontes a nuestro entender.

Hay un cambio total de escenario en la contemplación luliana: detrás del producto aparece el productor, el yo de Raimundo que dice: mirad todo esto lo he pensado yo con la ayuda y a través de la contemplación del Altísimo. Un amanecer que abre esperanzas para un largo día, para un largo caminar, un yo que piensa. Un yo, director en el teatro del mundo, que hasta ahora sólo se con-

sideraba espectador humilde, figura en el patio de butacas y que recibe sin mayor esfuerzo las inmensas riquezas que le proporciona el cielo a través de su entender. Y lo más fabuloso es que esos pensamientos son suyos y está en sus manos pensarlos. Las cosas pierden su misterio y su lejanía, las dignidades divinas están aquí cerca son parte del todo y a través de ellas se puede pensar todo. Como ya se ha dicho: El contemplador, Raimundo, se convierte, como Dios mismo, en un actor, en un hacedor.

Este claro proceso de conocer la realidad divina a través de los principios del ser y del conocer significa fundamentalmente que no necesitamos textos sagrados que nos expliquen la interna realidad divina y su operación externa. No quiere decir, sin embargo, que esos textos sean superfluos o innecesarios. Quiere decir que Dios no sólo habló *al* hombre *in illo tempore*, sino que habla *en el* hombre, en su interior, en su entraña, en lo más profundo de su ser y es la razón de su existencia *hic et nunc*, aquí y ahora. Sólo podemos comprender lo revelado como realidad propia, como el Dios en nosotros. Lo fundamental de la contemplación es pasar a comprender la verdad no como un *corpus* de juicios ciertos, de certezas, sino una forma de existir.

Y así lo más decisivo en el discurso luliano es que ese conocimiento es universal y está por encima de cualquier creencia. Aunque los libros sagrados, regalo divino, pueden ser una gran ayuda y una oferta imprescindible en el camino del conocer, son sólo el umbral, un portal que nos abre y marca el camino de nuestro conocer. La fe nos trae a la memoria esa realidad que luego podemos entender para mejor amar. Entendiendo la realidad divina a través de los principios del ser y del conocer podemos llegar a comprender mejor esos textos sagrados.

Sí, Ramón era un autodidacta laico no ilustrado. Pero aún hay quien piensa —ruda ignorancia— que aquellos hombres medievales estaban sumidos y embobados por supersticiones y por todas las idiotas ideas que queremos ver como exclusivas de aquella maravillosa y transfigurada Edad Media. Compren-damos, por fin, que ellos —al contrario de nuestras telebasuras y nuestra íntima superficialidad- intentaban penetrar en lo más hondo de nuestra existencia, buceando en lo más profundo de nuestro ser. Y también sabían muy bien que, después de todo ese buceo, siempre quedará aquel místico ‘no sé qué’, para asomarse un poco más allá, a lo profundamente desconocido e inefable.

Este libro es expresión de una imperiosa necesidad de definirse y comunicarse. Víctima de su tiempo, un tiempo más parecido al nuestro de lo que pudiésemos a primera vista suponer. En efecto, él cuestiona su tiempo y su entorno para ir descubriendo los primeros signos de una nueva visión del mundo desde dentro, desde el propio yo, algo que se fue afianzando en la filosofía posterior. Por eso se pudo afirmar en plena Ilustración que Lulio es el primer reformador de la filosofía.

Es una paradoja que en nuestra vivir y en la falta de reflexión seguimos siendo nosotros más ‘medievales’ que él, porque nos negamos a poner en entredicho todo lo que él ya dudaba, reaccionando a lo que nos viene de fuera en lugar de actuar desde la entraña de nuestro propio pensar. En este mundo

mediático seguimos creyendo todos los cuentos que ya él no se creía. Afianzado estaba él en la búsqueda y captura del pensamiento individual (y, por individual, moderno) fuera del estúpido colectivismo y monismo mental que nos rodea, negándose —como loco— a la inconsciente aceptación de todo lo que en la plaza se dice, una plaza más común y colectiva hoy que entonces. No cabe duda —y este libro que aquí presentamos es una muestra palpable— que Ramón es un pensador original y crítico, más fácil de ser en aquel tiempo que ahora, donde las rejas nos marcan y agobian, lo externo nos encadena más y con más fuerza. Yo no pongo en duda que entonces era más fácil pensar por cuenta propia sin el apabullante poder de los altavoces que nos rodean y nos impiden pensar independientemente para hacernos más dóciles a sobadas consignas, un mundo que las pantallas, presentes hasta en nuestros bolsillos, nos dan filtrado y hecho a la medida de otros, sin posibilidad de verlo en su elemental, sencilla y contemplativa dimensión individual. Ese maravilloso y fascinante mundo digital, pero consciente y diabólicamente dirigido a dificultarnos e impedirnos entrar «en lo más interior del ser humano». Allí, en aquel ser humano de corte luliano, donde siempre entra la duda y todo se cuestiona para espanto y desasosiego de los que nos quieren rebaño.

Así lo supieron ver sus seguidores y admiradores, Raimundo Lulio —*homo sapiens*— nos enseña a cuestionarlo todo, a descubrir los primeros signos de una nueva visión del mundo desde dentro del mismo hombre y desde arriba. Una visión que se fue afianzando en la filosofía moderna pero que, paradójicamente, en la vida diaria y colectiva del *homo consumens* (post-moderno) sigue brillando por su ausencia. En nuestra incapacidad de pensar, en nuestra inconsciencia y en nuestra rutina puede ser que, frente aquella época que se nos quiere presentar como una improductiva caverna, seamos ahora -repito- más ‘medievales’ que Raimundo, porque nos negamos a rechazar de cuajo todo lo que él ya encontraba perverso y sin razón alguna.

Raimundo Lulio, totalmente enraizado en su experiencia personal, era un absoluto pionero en la búsqueda incansable de nuevas formas, nuevas posibilidades de expresar una nueva visión de Dios y del mundo con el hombre de fondo.

Lulio ha tenido una vivencia intensa, ha cabalgado sobre una idea, una ocurrencia original, una fuerza interior, una profunda reflexión y esa vivencia lo empujó naturalmente hacia una expresión que él consideraba más adecuada, aunque nunca totalmente certera. La escritura luliana no duda del contenido de su mensaje, pero su obra es una lucha por la forma justa de decirlo, una peregrinación en busca de la fórmula exacta, tanteando conceptos, formulándolos y desechándolos cuando descubre que no se ciñen, que no son la expresión correcta de su vivencia original. Su actividad literaria fue un continuo indagar, tantear, compulsar, desechar y acoger la vivencia primera de su iluminación, aquella iluminación divina que, cuando miraba las estrellas en el Monte Randa, fue pauta y guía de toda su obra.

La exposición escrita de la experiencia contemplativa (*contemplatio*) ha de buscar necesariamente una correcta y difícil expresión lingüística, por eso Lulio fue extremadamente sensible al factor lenguaje y conoció a fondo sus recursos.

Fue una ciencia estructurada de nuevo en cada obra. Una herencia dinámica, nunca estática aunque aparentemente definitiva, un hablar pensado y una lengua viva, modulando su ciencia y dejándose modular por ella. Una búsqueda en apariencia fácil y fluida pero enormemente insegura.

En fin: Ramón Llull, pues, creyó encontrar la respuesta a la pregunta: ¿Qué es el ser humano? Y lo hizo con poner en práctica la simple fórmula ‘yo pienso’. Pero no en el sentido cartesiano, ‘pienso, luego existo’, sino en la frase al revés ‘existo, luego pienso (contemplo)’. Todo como producto de acciones que primero Dios y luego el hombre realiza. La historia no es un sucederse casual sino un algo por hacer, obra de un sujeto racional siempre y necesariamente en acción con un objetivo concreto: hacerlo todo más racional, más humano; el yo pensante personalizado como corazón del mundo. Ese es el meollo de su inspiración o iluminación y la causa de su conversión: él, Ramón, puede y no tiene otra opción que hacer que todo siga el ritmo marcado por el creador, en el que ese creador ha puesto una función al ser humano: humanizar, pensando, todo su entorno, hacer todo el mundo más humano. Y por eso en el fondo está la cristiana convicción de que Dios se hizo hombre para perfeccionar e intensificar esa humanización, en resumidas cuentas para divinizar al ser humano.

El *Libro de contemplación en Dios* es la expresión más genuina de esa lulliana sabiduría que vale la pena rumiar día a día en los 366 capítulos de esta obra singular.

BIBLIOGRAFÍA

- Helfferrich, A. (1858) *Raymund Lull und die Anfänge der Catalonischen Literatur*, Berlín, Julius Springer.
- Llull, R. (1981) *Obra escogida*, introducción de Miquel Batllori; traducción y notas de Pere Gimferrer; Madrid, Alfaguara, [reed.: Penguin Clásicos, Barcelona, 2016].
- Llull, R. (2015) *Llibre de contemplació en Déu*, vol. I, Llibres I-II, ed. crítica d’Antoni I. Alomar, Montserrat Lluch, Aina Sitges i Albert Soler, «Nova Edició de les Obres de Ramon Llull, XIV», Palma, Patronat Ramon Llull.
- Perarnau, J. (1985) «La traducció castellana medieval del Llibre de meravelles de Ramon Llull», *Arxiu de Textos Catalans Antics*, 4, pp. 7-60.
- Rubió i Balaguer, J. (1956) «Menéndez y Pelayo y Ramón Llull», *Conferencias pronunciadas [en la Universidad de Barcelona] con motivo del centenario de Marcelino Menéndez y Pelayo*, Barcelona (reimpr. como separata de 20 pp.), pp. 97-103.
- Vega, A. + Weibel, P. + Zielinski, S. (eds.) (2018) *Dia-logos. Ramon Llull’s Method of Thought and Artistic Practice*, University of Minnesota Press.